

El cárabo

Junto a las tapias de un convento había un árbol muy grande, que no tenía hojas porque era invierno. En sus ramas secas dormía todo un pueblo de gorriones; y cuando al anochecer se recogían, veíanse las ramas llenas de pardas barriguitas rebulléndose como una gusanera.

Los mirlos tenían su casa en el peral; en un olmo vecino vivía una familia de pinzones, y en el hueco del tronco estaban refugiadas las currucas.

El señor Don Cárabo habitaba, solo y aburrido, en la torre del convento, sin tratarse con nadie. Algunas veces dejaba escapar un largo alarido: "Huhú, huhú". Y los pajarillos decían "El buen señor reza por nosotros". En las noches de luna llegaban sobre el huerto unas alas grandes que batían el aire silenciosas.

Oíanse luego pitidos angustiosos, y el avechucho de las grandes alas marchábase hasta la noche siguiente.

Al amanecer faltaban dos o tres pájaros, y en el suelo, al pie de la torre, había dos o tres pelotitas de plumas y huesillos.

Una noche estaban Papá Gorrión y Mamá Gorriona posados en la misma rama que sus cuatro hijos, apretándose unos contra otros para darse calor.

En otra rama más alta dormían Abuelo Gorrión y Abuela Gorriona, viejecitos y temblorosos, despertándose a cada momento porque tenían mucho miedo.

Y tenían razón; porque a media noche, al asomarse la luna entre unas nubes, vino el avechucho volando en silencio con sus alas grandotas.

Se oyeron los gritos del abuelo pidiendo socorro, y chillidos horrorosos que aterraron a la familia de abajo.

Papá Gorrión, que era muy valiente, voló detrás del pajarra-co, hasta una de las ventanas de la torre por donde se metió.

Y a la luz de una lámpara, que iluminaba el sagrario que había en la Iglesia, vió al miserable que, abriendo una boca

descomunial, se engullía a los dos abuelitos: era el Señor Don Cárabo.

Y vió también cómo, después de un rato de quietud, arrojaba con grandes bascas una pelota de plumas y huesos que era todo lo que de ellos quedaba.

Cuando llegó el día, Papá Gorrión recorrió todos los rincones del huerto. "¡Favor! ¡Favor!", clamaba. Y en un momento se juntaron en un árbol los pinzones, las curruca, los mirlos y los jilgueros-

- ¿Sabeis quién es el bribón que ha hecho desaparecer a nuestros parientes?- preguntó

- ¿Quién?- demandaron todos

- El Señor Don Cárabo. Ese señor tan silencioso que no se trata con nadie y que vemos siempre inmóvil en la torre.

- ¡Bandido!- gritó una curruca.

- ¡Canalla!- dijo un pinzón que había perdido a sus hermanos.

- ¡Vamos a matarle!- chillaron en tropel

Pero el gorrión les obligó a reflexionar antes de decidirse

- Dejemos a nuestros niños con sus madres y vayamos nosotros solos. Ya que le hemos condenado a muerte, hágamoslo con toda seriedad, como pájaros honrados.

Y, dejando a las familias instaladas en los árboles, volaron decididos, y se metieron por una de las ventanas de la torre.

En un rincón oscuro hallaron a Don Cárabo, subido en una viga, con los ojos redondos muy abiertos, y completamente inmóvil, como si se hubiera vuelto tonto.

- Somos los vecinos del huerto- dijo Papá Gorrión- que venimos a matarte, porque hemos averiguado que eres tú el que dejas sin padres a los polluelos y te comes a los abuelitos.

Entonces Don Cárabo se empezó a balancear suavemente, como tonto rematado, y dijo con voz muy grave:

- Yo no sé quienes son ustedes; nunca los he visto. De día soy ciego, y si me matan ahora harán una mala acción.

Los pajarillos se envalentonaron, furiosos.

- ¡Vaya con el hipócrita! ¿Conque haremos una mala acción? ¿Y las que él hace tragándose a dos o tres vecinos todas las noches?

- Yo no sé de qué hablan ustedes- dijo Don Cárabo- Yo no soy

capaz de hacer esas maldades que dicen. Por el día soy ciego y estoy triste. Las noches de luna veo algo y busco mi comida entre las ramas de los árboles y las piedras del suelo. Cuando la encuentro, como, y me vuelvo a la torre sin meterme con nadie.

- !Sin meterte con nadie! !Bribón!- gritaron todos- !Vamos a matarle!

- !A matarle!

Entonces una curruca atrevida le arrancó una plumita de la panza. Otro se la arrancó de la cabeza. Un pinzón le dió un picotazo en una pata. Un mirlo le tiró de la cola.

Y todos los pájaros se abalanzaron sobre él, arrancándole rabiosos las plumas.

No se defendía. Balanceaba el cuerpo en su negrura; movía la cabezota de un lado a otro y revolvía los ojos espantados.

- !No me maten ustedes! !Soy un pobre pájaro ciego y desgraciado!...Húhú, Huhú...

Papá Gorrión, que había estado viéndolo todo desde una cornisa, gritó:

- !Dejadle! !Vámonos de aquí! !Vámonos, si no quereis ser más malos que él!

Los pájaros no estaban de acuerdo en dejarle vivo.

- !Dejadle! !Vamos, vamos!- gritaba el gorrión- Vámonos muy lejos; donde él no nos encuentre más. !Sus ojos no ven! ¿Cómo vamos a tener el valor de matarle, nosotros que sí vemos?

Y a sus gritos, los pájaros salían de la torre, vacilando aún, sin saber lo que era justo que hicieran.

- ¿Qué dirán nuestras familias cuando sepan que no le hemos matado?- decía un mirlo

- !Y que por él tenemos que emigrar!- gemía otro.

Y Papá Gorrión, y Mamá Gorriona, y los cuatro hijos, con las curruacas, los jilgueros y los pinzones, volaron todo el día hasta llegar a un lejano bosque donde Don Cáрабо no los hallaría nunca.

- No le pudimos matar- explicaba el gorrión a su familia- porque era ciego y desgraciado. Parece que ser malo es no ver claramente y los que lo son no tienen la culpa de ello.

He aquí porqué el Cárabo es sorprendido muchas veces en su retiro por los pajarillos que son sus víctimas, y porqué ellos, pudiéndole matar, nunca le matan, y se contentan con arrancarle unas plumas y gritarle hasta entonquecer.